

No sé quién fue el que dijo que todos estábamos un poco locos (algunos, bastante). Es verdad. Yo mismo, sin ir más lejos, me creí una vez Napoleón. Quienes saben, dicen que Napoleón es el personaje preferido de los locos, su gran modelo. Aunque no siempre. Hace años estuve en un manicomio, cuando todavía se llamaban así, no como paciente, sino de visita: para preguntar por un amigo internado allí. Hablé con un funcionario del lugar, y me comentaba éste: "Está mal, muy mal". "¿Tan mal, tan mal?", insistí yo, dudoso. "Sí, sin duda", aseguró, y luego añadió: "Fijese si estará mal, que se cree Napoleón". Recordé entonces el conocido chiste y dije: "Claro, claro, ¿cómo va a ser él Napoleón, si Napoleón es usted?". Atajó, rápido: "¿No diga tonterías, hombre! ¿Cree usted que yo también estoy loco?". Algo cortado, intenté disculparme: "Usted perdóname; era una broma". Y siguió entonces, admonitorio y triunfante: "Pues no bromee con la historia, señor mío. ¡Si conoceré yo bien a Napoleón para saber que su amigo no lo es, con la de veces que he hablado con él!". Volví yo, conciliador: "Naturalmente, habla usted con mi amigo todas las tardes, durante el recreo". Atajó otra vez: "¿Con su amigo, no; parece usted tonfo!

Todavía recuerdo con claridad la vez primera que escuché mencionar así ese nombre: *el Rockefeller*. Fue el mismo día que mi padre, en la cocina de casa y ante mi asombro, consiguió cambiar el color de la llama al acercar un trozo de sal común. Aquella sencilla lección de física experimental, explicada con esmero a quien en el colegio no enseñaban jamás un experimento —tal era la educación que recibíamos—, me impresionó profundamente. Al terminar el improvisado experimento, entablamos una conversación ineludible donde aprendí que a la ciencia de días no lejanos habían contribuido notablemente algunos españoles cuyos nombres no figuraban en nuestros libros y que en años anteriores a la guerra civil trabajaron con ahínco para que España aportara al común de los conocimientos y no fuera mera usuaria de las ventajas de la civilización. Así escuché por primera vez los nombres de Cabrera, Moles, Catalán, Dupe-

## La noche en que me creí Napoleón

VICTOR MARQUEZ REVIRIEGO

¡He hablado con Napoleón!. Mosqueado, retorné a las preguntas: "¿Pero, quién es usted?". "¿Pues quién voy a ser! ¡Soy el zar Alejandro, y hablé con Napoleón en Erfurt!"...

Yo no fui el zar, sino, de manera más vulgar, Napoleón. Entonces me vinieron a la memoria hechos y dichos napoleónicos: la solicitud maternal de doña Leticia, la escuela militar de Brienne, la vida con Josefina, el puente de Lodi, Austerlitz, el dolor de estómago, Elba, Waterloo (¡si aquel majadero de Grouchy no hubiera tardado tanto!), Santa Elena, las ecuaciones de tercer grado... Y una frase: "Yo asumo toda la historia de Francia, desde Clodoveo al Comité de Salud Pública". Y con método en la locura, que diría Polonio de Hamlet, la adopté y la adapté: "Asumo toda la historia de España, desde Argantonio a Camuñas". Eso me curó.

Porque, aparte de la más o menos mágica historia ya conocida, me puse a considerar todo lo malo, regular, bueno y mejor que debía asumir y salir huyendo de aquella noche. Era irresistible.

Sin método en la locura, sino enumerados incompleta y castigadamente, he aquí algunos de los actuales fantasmas que pasaron por mi cerebro: Todas las normas de obligado cumplimiento, pues por lo visto hay otras que se dictan en broma, los académicos de la lengua, la lengua de los académicos, los poderes fácticos, los poderes ficticios, los poderes particulares, los poderes generales (y tanto), los mundiales, el Congreso de los Diputados, los diputados del Congreso, los senadores (los pobres), Leopoldo Calvo Sotelo y Bustelo, Carlos Bustelo, Carlota Bustelo, Francisco Bustelo, Francisco Fernández Ordóñez, Francisco Franco, las sequías más o menos pertinaces, los tópicos más o menos pertinaces, el aceite de colza, el terrorismo, Fidecay, las nacionalidades y regiones, el señor Rojas Marcos, Xabier Arzallus, los disidentes del partido comunista, los tránsfugas ucedeos, el ministro del Interior, la voz que sale del interior del ministro, los denuestos de Alfonso Guerra, los silencios de Pío Cabanillas, simplemente Fraga, Ramón Tama-

mes y señora, los hermanos Solana, los innumerables hermanos Goytisolo, el doctor Cabeza, los bucles de oro de Soledad, los bigotes del teniente coronel Tejero, los de Juan Cueto, las barbas de tu vecino, el cubo de Rubick, la Loapa, la Lofca, el IVA, el INI, el postulado de Euclides y el grupo parlamentario mixto, el gobierno de concentración, el gobierno de coalición, el Gobierno, Tierno, Sampedro, san Pablo, "octubre, octubre", noviembre, noviembre, diciembre, diciembre, las rebajas de enero, el proceso del 23-F, las elecciones del 15-J, las elecciones del 1-M, el asalto del 23-M, la M-30 y todas las autopistas, todos los que van por las autopistas, todos los que estaban en el café Gijón la noche en que llegó Umbral, todos los que estaban fuera del café Gijón aquella misma noche, los mundiales, la España necesaria, la otra, la España que bosteza, la que muere, la que duerme a pierna suelta, el franquismo residual, el adolfato residual, los residuos sólidos, los envases no retornables, los ecólogos de café, los de café, copa y puro, los que van al

campo, los emigrantes que vienen del campo, las autonomías uniprovinciales, las otras, las fuerzas vivas, las fuerzas muertas, los setecientos profesores de la UIMP, los sabios de Grecia (fueron sólo siete y lo supo todo el mundo), la historia de España contada por Ricardo de la Cierva, la historia de España en que Ricardo de la Cierva interviene, la interminable familia Garrigues, la inextinguible familia Arias Salgado, Joaquín Ruiz-Giménez, su yerno, el yerno del señor Ibáñez Martín, el yerno del señor Iturmendi, los yernos del señor Arburúa, Julio Iglesias, el padre de Julio Iglesias, los hijos del señor Gil Robles, el hijo de Marquitos, los cien mil hijos de san Luis (renovados), los cien mil hijos de san Luis (históricos), los siete niños de Ecija, los siete pecados capitales, las siete virtudes, los siete sabios de Grecia (otra vez), el centenario de Calderón, el de Picasso, el de Juan Ramón, el de Celia Gámez, el de santa Teresa, el de Virginia Woolf, el de Joyce, el de Goethe, el de Lewis Carroll ("¿Cómo sabes tú que estás loco?", preguntó Alicia), etcétera, etcétera, etcétera, etcétera, etcétera, etcétera, etcétera... (Y añade el lector, por su cuenta, lo que considere inoportuno).

## El Rockefeller

JAVIER SOLANA

rier, Palacios, entre otros, y el de la institución donde realizaron sus trabajos: el Instituto Nacional de Física y Química, que coloquialmente llamaban *el Rockefeller*. Aquella sencilla experiencia de laboratorio casero, unida al redescubrimiento de otra historia de España, me dejaron una huella imborrable.

Se cumple en estos días el cincuenta aniversario de la inauguración del Instituto Nacional de Física y Química —febrero de 1932—, y quisiera contribuir al recuerdo de ese trozo de nuestra mejor historia tan tristemente desconocida. La literatura, la filosofía, las artes y las letras en general de aquellos días forman parte del bagaje cultural de toda persona de educación media. No ocurre así con las ciencias, po-

niéndose una vez más de manifestar nuestra falta de sensibilidad por estos saberes. Y aunque pueda ser cierto que la contribución española al desarrollo de las ciencias en general nunca pudo ser motivo de orgullo, no lo es menos que hubo días en que nuestro país tuvo una ciencia digna y un entorno social interesado por el quehacer científico.

El Instituto Nacional de Física y Química fue la continuación natural del Laboratorio de Investigaciones Físicas que, en 1910 y en el seno de la Junta para Ampliación de Estudios, Santiago Ramón y Cajal pusiera bajo la tutela de Blas Cabrera. Es, por tanto, la plasmación en el campo de las ciencias físicoquímicas de aquella corriente renovadora que se inicia en nuestro país río

arriba, en los principios del siglo.

La excelente reputación internacional de que gozaba aquel equipo de investigadores hizo que la Education Board de la Fundación Rockefeller concediera una subvención especial para que se construyera el Instituto. La donación se canalizó a través de la Junta para Ampliación de Estudios, comprometiéndose el Gobierno a adquirir los terrenos y a sufragar los gastos de las actividades científicas que allí se desarrollaran. Así nació el Instituto de Física y Química —*el Rockefeller*, como era conocido popularmente— en terrenos vecinos a la Residencia de Estudiantes, en lo que en el Madrid de entonces eran los altos del Hipódromo y que hoy ocupa parte del Consejo Superior de Investigaciones

Científicas. Fernando de los Ríos, siendo ministro de Instrucción Pública, lo inauguró en febrero de 1932.

Los Cabrera, Moles, Catalán, Palacios, Duperier, adquirieron renombre internacional trabajando en los temas que en aquellos días ayudaban a descifrar la estructura íntima de la materia: magnetismo, química-física, espectroscopia, radiación cósmica, estructuras cristalinas. Piénsese que hablamos de los días de la mecánica cuántica y de la teoría de la relatividad; de los Bohr, Einstein, Schordinger, Heisenberg, por citar algunas de las figuras más sobresalientes. Nuestro país, gracias al trabajo de estos hombres, no estuvo ausente de lo que entonces constituía la avanzada del pensamiento científico mundial. Schordinger, Langevin, Sommerfeld, Einstein, Curie visitaron en diferentes ocasiones España. El padre de la mecánica cuántica —Schrodin-

Pasa a la página 10

## El Rockefeller

Viene de la **página 9**

ger, Premio Nobel en 1933— dictó una serie de conferencias sobre la nueva mecánica en el Instituto y —bien merece en estos días que lo recordemos— en la Universidad Internacional de Santander.

El esplendor de la ciencia española en aquellos años se explica por el ambiente general de respeto y promoción de los valo-

res culturales, en ese esfuerzo por desatar los nudos que impedían el resurgir de lo que Azaña calificaba como la España subyacente. Pero no puede entenderse en su totalidad sin tener en cuenta el enorme esfuerzo que supuso durante bastantes años la labor perseverante de los hombres nucleados alrededor de la Junta para la Ampliación de Estudios.

La guerra civil quebró este esfuerzo. De aquellos equipos de trabajo, algunos de sus miembros murieron en el exilio, otros fueron marginados por los funcionarios de la ciencia oficial de la posguerra. El árbol de la ciencia se convirtió en emblema del nuevo Consejo Superior de Investigaciones Científicas de los años cuarenta. Un árbol que nunca pudo dar frutos compara-

bles a los anteriores al estar regado por el dogmatismo y la intolerancia.

En esta hora en la que España, como dijera no hace tanto Juan Marichal, debe legalizar su historia, justo es que lo haga también con la de sus científicos más ilustres, ese conjunto de hombres sabios y buenos que, comprometidos en el caminar de España, hicieron tanta ciencia de calidad y que hubieran realizado muchísima más, sin duda alguna, de haber podido proseguir la

labor iniciada en *el Rockefeller*.

Muchos científicos en estos paños nos sentimos —independientemente de nuestra disciplina específica— un poco sus discípulos. Puede que la mejor manera de honrar su memoria sea apoyando con libertad y recursos a nuestros científicos en vida, para que la ciencia española recupere *ese tiempo perdido* y España se incorpore plenamente a la marcha general de los países civilizados.

Viene de la **página 9**

donde vinieron deben poner en marcha una parte de esta autonomía que queda al margen de sus inquietudes.

En tercer lugar, le agradecería que publicara esta carta por si en otra ocasión, en cualquier otro lugar, se puede evitar una coacción que, si bien quizá debemos admitir como profesionales, no deja de herirnos como personas y, hasta cierto punto, puede condicionar el desarrollo de las autonomías, que, aunque reguladas por normas, siguen estando trabajadas por personas. **M<sup>a</sup> Begoña Villasol.** Tarra-gona.

### Sobre López Quintás

A propósito de una carta publicada en ese diario el día 27 del corriente bajo el título "Respuesta a López Quintás", quisiera contribuir a esclarecer un episodio que, lamentablemente, se viene tergiversando desde hace años.

Por haber sido testigo directo, puedo asegurar que la mayor firmeza que el doctor López Quintás en modo alguno se prestó voluntario para suplir a varios profesores de la Universidad Autónoma de Madrid. A él le fue cursada una invitación, por parte del rector de esa universidad, a impartir cursos de filosofía, en colaboración con otros dos doctores, para evitar que un elevado número de alumnos perdiese el curso académico. Ya desde el primer momento, el doctor López Quintás puso como condición imprescindible la de que su colaboración no se interpretase como una suplencia y mucho me-

nos como una suplencia de los profesores a los que no se había concedido nuevo contrato. Se le aseguró que se trataba de un asunto independiente. Al cerciorarse, sin embargo, sobre el terreno, de que su actividad docente no sería interpretada como un servicio, sino como una intromisión, el doctor López Quintás se negó terminantemente a firmar el contrato (sin esperar a que transcurriesen los tres días que el rector le había rogado que se tomase como tiempo de reflexión), ya que él por ningún concepto quería interferir la labor de sus colegas. Su actitud, en suma, fue polarmente opuesta a la que se le atribuye en el escrito antes citado. **(Antonio Millán Puellas.** Catedrático de Metafísica. Universidad Complutense. Madrid.

### Liberalismo y liberales

Puso muy certeramente EL PAÍS más de un dedo en la llaga con su actualismo editorial sobre la "Acampada liberal (de UCD) en Andalucía", llamando a capitulo al señor Calvo Sotelo por su intento, falaz, de implantar, demasiado cerca de la Isla de León, en Cádiz, un nuevo gozne *ucedeo*, liberaloide, que por lo gobernado desde 1979 añade a la mofa bafa. Y no valdría la pena, con lo que dicho queda, hurtar espacio a cualquier otra carta al director si no me resultase exultantemente necesario reconvenir al editorialista sobre un inciso implantado en la corta enunciación de genuinos liberales como Giner de los Ríos cuando alude a don Manuel Azaña —"pese a su peripetia republicana"—... Pero, de verdad, ¿descali-



ficó el acrisolado liberalismo de Azaña su peripetia republicana como gobernante?

Aún más, porque, como no se le escapó al editorialista de EL PAÍS, si de Cádiz salió en 1812 la primera Constitución *liberal*, tan presta y aviesadamente mancillada por el rey felón Fernando VII, mucha mayor trascendencia relativa vino a tener en los ámbitos de la cultura y especialmente de la educación—formación de hombres libres y *tolerantes*, desde hace ya más de cien años, el soplo vivificante de la Institución Libre de Enseñanza partiendo de Sanz del Río, Giner, Cossío y Castillejo, como apóstoles que recrean y españolizan las ideas de Kant, Hegel, Schelling, Wundt y Krause; que convierten en discípulos a Salmerones, Figueras y Castelar, a Valeras y Machados y Clarines y Galdoses; a Bolívaes, Teranes, Gil y Gayas, De los Ríos, Ortegás, Madariagas, o Marias Zambrano, o De Maeztu. Mal debe andar la cartesiana mente del *ex facitum* de la multinacional Rio Tinto advenido a jefe de Gobierno si piensa que puede servirle de algo para el reciclaje de su magma político, en tan grave trance de consentimiento deterioro, intentar apropiarse un

ideario, una manera de ser y comportarse en todos los órdenes de la vida que pugna severamente con el estilo de hacer, prebendar y "gobernar" de él y de sus congéneres. Por más que haya tenido la fortuna recientísima de descargarse de alguno cuyo apellido lleva el terrible baldón de signatario para la inhabilitación *post mortem*, como profesor de instituto, de un hombre, en el mejor sentido de la palabra *liberal*, que se llamó Antonio Machado, **(Modesto Sánchez de las Casas.** Ex periodista. Madrid.

### Los defensores de la democracia

El 26 de enero de los corrientes, EL PAÍS publicó un manifiesto de los mutilados que defendieron la democracia establecida en España en consulta electoral al país. Ellos fueron los que defendieron un régimen y un Gobierno democráticos en un período álgido de la historia de España. Y lo que exigen en justa razón es que se cumpla la Constitución y que las leyes a su favor que se han votado en el Parlamento y en el Senado no se diluyan ni se eternicen en Hacienda en menoscabo de sus personas, cuando es de todos bien sabido la edad avanzada de todos ellos, pues no pasa día sin que se produzcan fa-

llecimientos, en gran parte debido a su estado físico, a los sufrimientos de toda índole padecidos en años de crueldad y hambre fascistas.

La historia de España hubiera cambiado por completo a favor de la democracia si los patriotas se hubiesen enfrentado solamente a las fuerzas fascistas del país. Pero no; tuvieron que luchar contra la coalición de las potencias del Eje —la Alemania de Hitler, la Italia de Mussolini—, el Portugal de Salazar y, para colmo, la no intervención de las democracias occidentales.

Hacer justicia en las postrimerias de unas vidas es el hecho más noble y culto que puede darse en una auténtica democracia. Si España lo es de verdad, es el momento de manifestarlo, resolviendo de inmediato el 50% de los expedientes que duermen en Hacienda. **(Fernando Verdú Satorre.** Madrid.

### Aclaración.

En nuestra edición del 31 de enero pasado fue publicada en esta sección una carta firmada por Ricardo Pareja, quien se atribuía el empleo de comandante del Ejército de Tierra. Informado posteriormente este periódico de que tal atribución es falsa, queremos dejar constancia de ello ante nuestros lectores.

Los textos destinados a esta sección no deben exceder de un folio mecanografiado a dos espacios. Deben ir firmados por sus autores, con constancia de su domicilio, número de DNI y número de teléfono, en su caso. EL PAÍS se reserva el derecho de extraerlos o resumirlos cuando lo considere conveniente.

La dirección del periódico se reserva el derecho de publicar estas colaboraciones, y no facilitará información postal o telefónica sobre las mismas. No serán devueltos los originales no solicitados, aunque en la medida de lo posible se acusará recibo de cartas y trabajos no editados.